



Fotografía cedida por Richard Hodges, Granada, junio del 2006

RICCARDO FRANCOVICH: UNA AVENTURA HUMANA NO CLAUDICANTE

"La única posibilidad del hombre es agarrarse a la actividad que más ama y convertirla en un instrumento de lucha para cambiar el mundo"

James Baldwin, 1984

El inicio del pasado mes de abril sacudió a la arqueología europea con la muerte, defendiendo el patrimonio histórico, de Riccardo Francovich. Personaje fundamental para entender la arqueología medieval de nuestro continente, impulsó desde ella una teorización y aplicación práctica sobre la puesta en valor y la función social del patrimonio. Hizo de la Universidad de Siena un referente y un modelo a partir de una concepción de la arqueología y patrimonio, un punto de encuentro y debate interdisciplinar. Fundó revistas como *Archeologia Medievale* referente no sólo de la arqueología medieval europea, sino de una forma de concebir la arqueología como el estudio de espacios históricos socialmente concebidos, y *Archeologia e Calcolatori*, siendo uno de los primeros que entendió la transcendencia que la aplicación de las Nuevas Tecnologías de la Información tenían en el campo del patrimonio histórico. Preocupado por incidir en la función social de la arqueología impulsó

los aspectos pedagógicos de ésta a través de la creación de un sistema de parques arqueológicos en Toscana que, en estos tiempos de eclosión y peligrosa banalización de esta figura, se alza como un esencial modelo formativo sobre nuestra Memoria y como un proyecto al servicio del disfrute ciudadano.

Conocí a Riccardo el año 1983 cuando coincidimos en Toledo con motivo del *Congreso Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental*. Le abordé en una cafetería, durante un receso de las largas sesiones, mientras saboreaba un fino jerezano y también sus primeras vivencias en España. Coincidimos y hablamos en numerosas ocasiones en aquellos días y lejos estaba yo de suponer que en esos encuentros se sentaron las bases de una entrañable amistad. Conservo muchos recuerdos de aquellos días, pero quizás una de las cosas que más me llamó la atención desde el principio de él fue su mirada. Riccardo era una persona que miraba de frente, sin miradas esquinadas, torvas, sin dobleces. Esa mirada sincera, transparente, que podía ser incisiva, sibilina, ingenua o entrañable, era toda una declaración de su firme personalidad. Y eso siempre lo aprecié de Riccardo, que miraba de frente.

Pero también recuerdo de aquellos días la ilusión de Riccardo por haber podido cumplir, por fin, su viejo sueño de viajar a España, una vez recuperadas las libertades, en un país, el nuestro, que formaba parte de su memoria. Porque Riccardo Francovich era una persona profundamente apasionada por España ya desde su infancia, en un entorno familiar uno de cuyos referentes éticos fue el apoyo a la lucha por la libertad al lado de la República en la Guerra Civil española. También desde sus años universitarios cuando escribía octavillas, que se insertaban en los libros de instrucciones de las máquinas Olivetti destinadas a España, en las que se animaba a la resistencia y lucha por la recuperación de las libertades en nuestro país.

De aquellos días toledanos, quiero rememorar la agradable sorpresa que le produjo a Riccardo la masiva presencia de jóvenes españoles, recién salidos de las universidades, que llegábamos con nuestras ilusiones intactas y mucha fe en una aventura que para muchos podía parecer utópica y era la de dar sentido a la entonces balbuceante arqueología medieval española. Es verdad que, tiempo después, comentaríamos sobre la fuerte carga empirista de aquellos trabajos nuestros, herencia en gran parte de los años especialmente oscuros para la arqueología española de la dictadura franquista. Sin embargo, esto lo comentaba Riccardo como observador de la rápida evolución de una parte considerable de esa joven arqueología medieval española que, en el giro de pocos años, había sabido incorporarse al debate europeo.

Desde entonces fue creciendo su vinculación con España, derivada de su creencia en la potencialidad y dinamismo de nuestra sociedad. De aquella época data su apoyo constante, su impulso a proyectos de investigación hispano-italianos, su acogida a jóvenes investigadores de nuestro país en Siena, la defensa e inclusión de la joven arqueología medieval española en el debate científico europeo. En la actualidad seguía compartiendo ese entusiasmo desde la convicción de que, derivado del dinamismo que él observaba en nuestra sociedad, aquí podría producirse una reflexión revitalizadora para Europa sobre el Patrimonio Histórico.

Porque en Riccardo siempre había sido una constante la preocupación sobre la percepción social de dicho Patrimonio. En numerosas ocasiones en nuestras charlas transmitía su idea de trabajar en una vía a partir de las peculiaridades del legado material de la Europa mediterránea para lo cual veía necesario estrechar vínculos entre las arqueologías medievales de nuestros dos países. Algo de ello comenzó a desarrollarse al final de la primavera de 1989, cuando coincidimos en Spoleto con Vicente Salvatierra y Antonio Malpica. Allí, en la terraza de un café, tomó cuerpo la idea de organizar unos congresos hispano-italianos de arqueología medieval. Estos, celebrados en Granada y Siena, supusieron un punto de encuentro fundamental para los profesionales que estaban trabajando en los dos países y posibilitaron el inicio de relaciones científicas y académicas que fructificaron en el desarrollo de proyectos conjuntos pero, sobre todo, proporcionaron la ocasión de iniciar relaciones de amistad entre los que participamos en ellos.

Riccardo era un amigo en todo el amplio sentido de la palabra. Podías estar en desacuerdo con él – algo arriesgado teniendo en cuenta el ímpetu y vehemencia con el que defendía sus posiciones–, criticarle, incluso enfadarte, pero en él siempre estaba presente un enorme sentido de la lealtad al amigo. Ese hondo sentido de la amistad le llevaba a preocuparse de todo lo que te podía suceder, de hecho, nunca olvidaré cuando tuve que experimentar las jerárquicas rigideces de nuestro sistema de promoción universitario y sufrir la coerción que éstas me impusieron, los ánimos que Riccardo me brindó, sus palabras, su apoyo, su solidaridad y también su asombro ante los silencios cómplices que se daban por aquí. Porque, además, Riccardo tenía desarrollado un fuerte sentido de pertenencia. De pertenencia a un grupo de gentes unidas por una forma de pensar y por unos objetivos comunes, por una voluntad de cambio y de contribuir a la mejora y transformación social. Gentes a las que Riccardo nos ofrecía su casa de Antella, en las afueras de Florencia, ese oasis dentro de un paisaje renacentista de colinas y frutales, donde se debatía a veces hasta altas horas de la noche con botellas de grappa de por medio y entre la bruma formada por el humo de las sucesivas pipas de Riccardo. Uno de los mayores placeres de esas estancias era la de gozar de la compañía de Nicoletta y Riccardo, disfrutar de la complementariedad de ese excepcional matrimonio y deleitarse con la sensibilidad, racionalidad y bagaje intelectual de Nicoletta, aprendiendo de ella sobre temas de cultura germánica, de filología, de vándalos, de literatura y sobre todo disfrutando de su ponderación, ternura y de su inigualable sentido de la hospitalidad. Una hospitalidad que te hacía sentirte *in famiglia* cuando con Lourdes y nuestras hijas los visitábamos en aquellos veranos toscanos y entonces lo importante eran las niñas, las generaciones venideras, el futuro. Así también les recuerdo el verano pasado, aquella noche de finales de julio cenando con la nueva y recién llegada protagonista, la hija de Lisa, su nieta, la esperanza.

En ese oasis hogareño, disfruté de gran parte de mis mejores momentos con Riccardo, de los más plenos, ahí se atenuaba su habitual y ya legendario ritmo frenético, y entrabas en un espacio de conversaciones relajadas pero a la vez intensas y firmes, sin concesiones. Ahí le escuché a Riccardo su amarga decepción con el derrotero que estaba experimentando la izquierda, no sólo como fruto de la desorientación y falta de renovación ideológica, sino también por las cesiones y claudicaciones de la práctica de gobierno. En esos momentos todo el bagaje de una aventura intelectual y política comprometida le hacía exclamar "*Lauro, siamo la sinistra sommersa*", una izquierda sumergida que no sólo expresaba la decepción sino también la existencia de un flujo subterráneo, de una savia que tenía que seguir alimentando los ideales de transformación social, de solidaridad, desde una firme convicción del compromiso. Era lógico que, por tanto, Riccardo defendiera la actividad cotidiana como el instrumento para cambiar la sociedad.

Y es que Riccardo era un intelectual en el sentido pleno de la palabra y en tiempos de claudicación y de cierta derrota del pensamiento supo continuar con su moral, con su compromiso ético, defendiendo la actividad

que tanto amó como un instrumento para la mejora y el progreso social. En un momento en que, desde las altas instancias gubernamentales italianas se había requerido su ayuda para colaborar desarrollando alternativas y planes ante los nuevos desafíos que la sociedad de la información proponía al campo del Patrimonio Histórico, lo fácil para él hubiera sido recoger los frutos de sus vinculaciones con el poder y callar, en línea con la mediocre mentalidad peserista que caracteriza a gran parte de nuestro entorno cultural. Sin embargo, no lo dudó ni un instante, optó por ser coherente con una trayectoria, con un compromiso vital e intelectual con su profesión y no claudicó, siguió mirando de frente.

Como consecuencia de ese insobornable compromiso cívico inició una batalla contra los proyectos urbanísticos de Fiesole que amenazaban no sólo un yacimiento arqueológico sino unos de los paisajes culturales más

bellos de Toscana y continuó con su trayectoria coherente de defensa del Patrimonio y denuncia de los abusos que contra él se cometen. Allí en Monte Ceceri, en las colinas de Fiesole, a pocos pasos de donde Leonardo experimentó y fracasó con su primera maquina voladora, Riccardo emprendió su último vuelo, esta vez fatal y que deja en el aire muchos proyectos, ilusiones, interrogantes y sobre todo una fascinante aventura humana... el testigo está ahí y como Riccardo siempre deseó es un testigo colectivo... Muchos hemos perdido un compañero, algunos como yo mucho más un verdadero amigo. Pero en nosotros, Riccardo, tu aventura continúa...

Sirva tu compromiso ético para remover conciencias y recuperar ilusiones.

Lauro Olmo Enciso

RICCARDO FRANCOVICH, "YA NADA SERÁ IGUAL"

*A Nicoletta y Lisa Francovich, con Elena y Vincenzo,
en recuerdo de Riccardo*

El anoecer del viernes 30 de marzo nos golpeó con una noticia imposible, anunciada por los caracteres concisos y contundentes de un SMS enviado por Lauro Olmo: "Hoy ha muerto Riccardo Francovich, ya nada será igual". Recuerdo que mi primer sentimiento al leerlo, aun antes de la tristeza, fue de profunda incredulidad ante una muerte inopinada en plena madurez intelectual. Sólo a medida que las voces quebradas de los amigos confirmaban su inconcebible desaparición desde el otro lado del teléfono, esa inicial perplejidad fue dejando paso a la certeza tangible y creciente de la magnitud de su pérdida. La prematura desaparición de Riccardo nos ha dejado sumidos en un desconcierto intelectual y afectivo que será difícil superar y que confirma, cada día que pasa, la premonición de aquel fatídico mensaje: en efecto, sin él ya nada será igual; no lo será la arqueología medieval que él mismo contribuyó a construir como disciplina plenamente histórica, ni tampoco el compromiso intelectual y social con el patrimonio que nos impuso con su praxis.

Estas últimas semanas marcadas ya irremediablemente por su ausencia, todos cuantos le conocieron y admiraron han destacado de palabra o pluma su carismática y volcánica personalidad y la inmensidad de su legado científico y humano; en especial la agudeza intelectual que le permitió intuir los problemas históricos más cruciales y las estrategias de investigación más innovadoras, junto a la capacidad organizativa que le permitió generar en la Universidad de Siena uno de los mejores centros de investigación sobre el Medievo, a más de coordinar proyectos de gran enver-

adura y repercusión social. Los recuerdos, necrológicas y obituarios se sucederán en los meses próximos, desde la despedida civil que le dispensó en singular honor su Florencia natal en el Palazzo Vecchio, hasta el merecido homenaje que prepara la Universidad de Siena para el próximo otoño, pasando por las innumerables voces de colegas, amigos y discípulos italianos, ingleses, franceses y españoles que glosarán su enorme figura intelectual en revistas especializadas y foros científicos.

Por ello, quiero aprovechar este espacio que me brinda la revista *Arqueología y Territorio medieval*, para construir un homenaje particular y sentido a la humanidad de su magisterio. Quiero reconocer desde aquí mi deuda personal con el profesor que aceptó, sin conocerme, la responsabilidad de orientar mi investigación como becario del plan de Formación del Personal Investigador durante mi primera estancia en Italia en la primavera de 1989, en el marco de las entonces recién y pomposamente estrenadas "ayudas para estancias en el extranjero", y que con ese acto de generosidad científica me orientó en una carrera académica e investigadora que le debe mucho más de lo que podría imaginar. No he olvidado nuestra primera entrevista, con maleta incluida, en el Departamento de *Archeologia e Storia delle Arti* de la Universidad de Siena, abarrotado de libros y jóvenes investigadores con los que compartía tiempo y espacio, en la que con una calidez y una proximidad inusitadas en un ya famoso catedrático, se interesó con atención sincera por mis incipientes y balbuceantes investigaciones primerizas, al tiempo que reorganizaba la logística de mi alojamiento redistribuyéndome en una especie de "auxilio social", por las casas de sus discípulos que con el tiempo devendrían en amigos.

Recuerdo sobre todo cómo trazó para mí un protocolo de investigación inesperado y generoso, proponiéndome establecer mi "cuartel general" en Roma, donde estaban las buenas bibliotecas (que entonces todavía eran de papel), y ofreciéndome su casa y su biblioteca de Antella para orientar mis lecturas y completar mi formación. Después de una divertida confusión de "falsos amigos lingüísticos", que hace apenas unos meses recordábamos entre chanzas y que hizo patente la imperiosa necesidad de mejorar mi pedestre "itañolo", Riccardo Francovich –a golpe de agenda y teléfono– me organizó un extenso programa de entrevistas con un nutrido elenco de investigadores, que él creía fundamentales para el conocimiento de la arqueología altomedieval italiana y entre los que se encontraban, nada menos y entre otros, Sauro Gelichi, Gian Pietro Brogiolo, Lisa Fentres, Lidia Paroli, Ghislaine Noyé, Alessandra Molinari, Chris Wickham o Richard Hodges a quien agradezco la fotografía que ilustra este texto. Sólo más tarde fui consciente de la magnífica oportunidad que me brindó y que completó abriéndome las puertas de su casa y de su familia, que me "adoptó" con hospitalidad toscana, poniendo las bases de una amistad personal y familiar que perdura y nos es muy querida. El magisterio de Riccardo continuó proyectando su benéfica sombra a lo largo de los años posteriores con visitas mutuas, entre ellas para formar parte de mi tribunal de tesis doctoral, o en invitaciones a participar en congresos fundamentales en mi formación como el de *La Storia dell'Alto Medioevo italiano (VI-X secolo) alla luce dell'Archeologia* (Siena, diciembre 1992).

El pasado septiembre Riccardo visitó Alicante por última vez: vino a juzgar una tesis doctoral catorce años después de juzgar la mía propia. Una pirueta del destino quiso que esa tesis tratase de las fases medievales de una importante ciudad del Lazio, Tusculo, y estuviese escrita en lengua italiana por una joven compatriota suya, Valeria Beolchini. Riccardo alabó entonces nuestro magisterio, sin ser demasiado consciente de que el referente de mi relación docente con los estudiantes que han ido llegando hasta mí, no era otro que su propia actitud conmigo en el pasado.

Pero el magisterio de Riccardo Francovich no sólo me alcanzó a mí, sino también a muchos arqueólogos y medievalistas españoles a través de los cuales influyó notablemente en la investigación arqueológica medieval de nuestro país. Esa relación intelectual privilegiada con España tuvo mucho que ver con su vehemente compromiso político de izquierdas, que por tradición familiar y democrática había convertido nuestra IIª República y su derrota en la Guerra Civil, en un mito de progreso truncado por el franquismo, en cuyo imaginario curiosamente Alicante, mi ciudad natal, tenía un puesto singular, como él se encargó de recordarme apenas presentados: fue en Alicante donde fusilaron al falangista José Antonio Primo de Rivera en plena contienda y fue en su puerto, último bastión de la sitiada República, donde quedaron abandonadas a su suerte miles de personas –"lo mejor de España" en palabras del escritor Max Aub– mientras la División italiana Littorio ocupaba la ciudad; en la actualidad Ricardo seguía con pasión nuestro debate sobre la memoria histórica. El día de su despedida civil en Florencia, Alicante acogió un acto cívico en recuerdo de los hombres y mujeres republicanos que, capturados en el puerto, fueron conducidos a un campo de prisioneros improvisado en unos bancales de almendros cercanos. Desde aquel "Campo de los almendros" que Max Aub describió, ahora convertido en un pelado solar urbano sitiado de urbanizaciones, el recuerdo de Héctor y el mío propio volaron hacia Florencia, en la certeza de que a él le hubiese gustado ser recordado en medio de aquel mar de banderas republicanas.

Él creía firmemente en nuestra condición de intelectuales, que nos obliga a opinar, tomar partido y actuar en la defensa del patrimonio cultural. Él lo hizo hasta el mismo día en que la inesperada muerte le sorprendió al pie del Monte Ceceri, en Fiesole. Riccardo, como persona y como intelectual, es insustituible en nuestro cariño y en nuestro recuerdo, pero si conseguimos reflejarnos en el espejo de su compromiso, si somos capaces de ser verdaderos intelectuales, la obra de Riccardo Francovich continuará viva y presente, aunque ya nada sea igual en nuestros corazones.

Sonia Gutiérrez Lloret

IN MEMORIAM DE RICCARDO FRANCOVICH

Cuesta mucho asumir que Riccardo se ha ido y que, de forma tan inesperada, nuestra disciplina se haya quedado huérfana de uno de los referentes más importantes que ha tenido en los últimos cuarenta años. Cuesta mucho pensar que volviendo a su departamento, desde aquel despacho desde el que se divisa el Duomo de Siena y a que él le gustaba llamar el *ufficio più bello del mondo*, ya no estará aquél olor intenso de su pipa y aquella enorme

energía que sabía transmitir. Cuesta mucho darse cuenta de todo lo que hemos perdido y de todo lo que aún tenía que darnos.

No es posible esbozar en esta ocasión, aunque fuese de forma somera, un perfil biográfico o intelectual de su personalidad. Por este motivo, estos párrafos no pretenden ser más que un recuerdo y unas notas fragmentarias.

Riccardo Francovich pertenece al grupo de arqueólogos de la Edad Media que se formaron como historiadores documentales, pero que asumieron desde el principio de su carrera que el estudio del registro material requería una completa reformulación de la forma en que se hacía y se concebía la Historia. De forma polémica, y no siempre compartida o entendida por sus propios colegas, Riccardo siempre defendió la necesidad de construir el discurso histórico de forma crítica, *evitando la ricerca spasmodica di coincidenze fra le diverse "evidenze", che non di rado si trasforma in forzatura ora dell'una ora dell'altra fonte senza per altro raggiungere l'obiettivo arricchimento delle nostre conoscenze*. Cuestionó abiertamente la prioridad otorgada al documento escrito por parte de la historiografía medieval, planteando cómo la lógica de la conservación de la materialidad de la historia fuese bien diferente de la lógica de la conservación de las fuentes escritas.

Pero sus reflexiones no se limitaron únicamente a los procedimientos o a los conceptos, sino que su aportación ha sido asimismo muy notable en lo que se refiere al papel social y a la posición como historiador y como arqueólogo. Desde un compromiso político, entendido en el sentido más amplio de la palabra, asumió el papel del historiador como sujeto activo en el mundo y el Patrimonio como instrumento de transformación de la realidad. Riccardo Francovich debe de ser recordado, sobre todo, como paradigma de historiador y de intelectual comprometido.

Por otro lado, Riccardo ha sido uno de los más importantes arqueólogos de la Edad Media de toda Europa meridional. Su actividad ha sido frenética e intensa, como muestran sus más de 200 publicaciones, las decenas de intervenciones arqueológicas realizadas en todos estos años o la creación de parques arqueológicos tan significativos como el de Rocca San Silvestro o el de Poggibonsi.

Sus intereses de investigación han ido evolucionando desde el análisis del *incastellamento*, que llena toda su actividad en los primeros decenios, a la relectura y análisis de la Alta Edad Media que le ha ocupado en los últimos años, atravesando tantas otras temáticas como la cerámica, la ciudad, la arqueometalurgia, la arquitectura, la difusión del patrimonio, la informática aplicada a la arqueología, etc. Es necesario, aunque sea brevemente, recordar el impulso que ha dado recientemente al análisis del campesinado altomedieval, trazando en obras tan memorables como *Villa to Village* un cuadro histórico de una riqueza y complejidad que ha llevado la arqueología del Sur de Europa a unas cotas ni siquiera imaginables hace un decenio.

Otro de sus grandes logros ha sido el de crear escuela desde su Departamento de Siena (ampliado en los últimos años también a Grosseto) formando generaciones de arqueólogos de primer nivel, a los que ahora les toca desarrollar la rica herencia que Riccardo ha dejado.

Pero quizás, el rasgo que mejor ha caracterizado la actividad científica de Riccardo Francovich ha sido la de facilitar y generar sinergias que han permitido que se desarrollase la Arqueología Medieval, englobando personas, promoviendo y ejecutando actividades e iniciativas. Resulta evidente que si la Arqueología Medieval en Italia es actualmente lo que es, se debe en buena medida a esta paciente y continua actividad integradora desarrollada por Riccardo Francovich.

Primero fue la fundación de la revista *Archeologia Medievale, Insediamenti, Territorio, Cultura Materiale*, que no fue concebida como un contenedor de trabajos dedicados a una única temática, sino que ha estimulado a lo largo de sus más de treinta años de existencia debates, iniciativas, teoría, llegando a crear una verdadera identidad y proyecto común y compartido.

Posteriormente fue la Escuela de Especialización, la *Summer School*, que desde finales de los años 80 ha explorado aspectos metodológicos y conceptuales de la propia disciplina arqueológica a través de encuentros regulares en la Certosa de Pontignano a los que han acudido los arqueólogos más importantes de toda Europa.

Ya en los años 90 fue la Società di Archeologia Medievale Italiana la estructura que a nivel académico, científico y profesional se consolidó como un punto de encuentro entre todos los que se han adherido al concepto de Arqueología Medieval que se ha gestado en torno a Riccardo durante los decenios anteriores. Los cuatro congresos nacionales realizados, el último organizado por el propio Riccardo el pasado mes de octubre, son el mejor reflejo de estos objetivos.

Pero sus aspiraciones integradoras han superado muy ampliamente los marcos italianos, de tal manera que hemos sido legión los que hemos tenido la ocasión de acudir a Siena y hemos contado con su hospitalidad, los que hemos podido escucharle en intervenciones, conferencias y clases, los que hemos podido participar a sus excavaciones y los que hemos colaborado en sus proyectos.

Sus vínculos con España y con los arqueólogos españoles eran fuertes e intensos, y comentaba siempre de forma elogiosa como nuestra disciplina estuviese cambiando y progresando rápidamente.

Hace veinte años que supe lo que era ser un Arqueólogo de la Edad Media, cuando tuve la suerte de conocerle y la posibilidad de aprender de tí. *Arrivederci e grazie, Riccardo*.

Juan Antonio Quirós Castillo

RICCARDO FRANCOVICH, ARQUEÓLOGO E INTELLECTUAL INSOBORNABLE

Hablar de Riccardo Francovich es relacionar su faceta humana con la gran dimensión científica que tuvo. Si ésta se puede entender viendo no sólo sus publicaciones, sino también su actividad de organizador y promotor de reuniones, revistas, ediciones, etc., aquélla lo impregna todo. Era un hombre excesivo en el mejor sentido de la palabra. Su formación era muy densa y tenía una concepción del mundo y de la vida propias de un habitante del Mediterráneo. No en vano pasó largo tiempo en la isla de Elba, en donde tenía raíces familiares, y navegaba por sus costas. Su ascendencia austriaca, como señalaba con frecuencia, le había dado un rigor en su proceder que compaginaba como podía con su carácter toscano y mediterráneo. No era precisamente un hombre pausado, sino un volcán de emociones que arrebatava a cuantos estaban a su lado.

Si hubiera que destacar algo por encima de todo de Riccardo Francovich sería su compromiso personal y social. Hijo de una familia culta, de un padre historiador y de una madre matemática, en su casa, en la que siempre sus amigos nos sentíamos como en la propia, se respiraba ese sentido de una vida ilustrada y liberal, una posición crítica e insobornable ante los atropellos y las injusticias. El valor civil de la cultura estaba por encima de otros intereses.

Su compromiso con su tiempo le llevó a entender la Arqueología como una actividad científica y social. Atento a cuanto ocurría a su alrededor, su actividad era imparable. Convencía con la razón y con la pasión que ponía en todo. Era imposible no dejarse arrastrar por su palabra y sus gestos, pero menos aún por su dialéctica implacable.

Estudioso de la "materialidad", sin miedo ni vergüenza en un mundo académico lleno de posturas falsamente refinadas, sus trabajos lo prueban sin ningún género de dudas. La investigación arqueológica desarrollada por Riccardo Francovich y la de la escuela que ha creado, de las más importantes de Europa, es esencialmente histórica, porque plantea y debate problemas sobre la organización de la sociedad medieval.

No queda, sin embargo, aquí su aportación. El concepto que tenía de la arqueología va más allá de una investigación de forma aislada de los procesos históricos partiendo de la recuperación y examen de los vestigios del pasado, que siempre entendió que eran fruto del trabajo de los hombres, considerados como seres sociales, claro está.

La arqueología obliga a un debate en profundidad sobre los métodos y las técnicas de trabajo. El registro arqueológico no es como el de hace unas décadas, cuando había una selección intencionada de los objetos recuperados. La aparición del método Harris, que conduce con rigor las intervenciones arqueológicas, ha hecho que sean miles y miles de datos de los que

disponemos. Su gestión y manejo no es nada fácil. Por otra parte, el análisis del territorio, imprescindible para cualquier arqueólogo, aunque haga una pequeñísima excavación en un solar de una gran ciudad o en medio del campo, obliga a trabajar con muchísimas variables que han de ser cruzadas y relacionadas. De forma inmediata aparece no ya sólo la necesidad de elaborar un registro arqueológico muy minucioso y completo, sino también operativo para la investigación. Y a ello dedicó mucho tiempo R. Francovich, consciente como era de que había que conseguir resultados. Por eso abrió una línea de trabajo en la que concurren numerosos especialistas. La informática y sus aplicación a la arqueología le llevaron a tareas muy diversas y complementarias, como la elaboración de un sistema de registro propio, la creación de una plataforma GIS, e incluso el perfeccionamiento de los análisis de la fotografía aérea. No en vano, y ésta es una de las múltiples virtudes de Riccardo, apoyó con entusiasmo la aparición de la revista *Archeologia e calcolatori*, en donde se discuten estas y otras muchas cuestiones de interés sobre el tema.

Su concepto de la arqueología, sin embargo, no acababa aquí. Sería demasiado «antiguo», como gustaba de decir con ese carácter provocador y al mismo tiempo afectuoso que tenía. Le preocupó siempre el problema de la tutela y la conservación de los bienes culturales. En esto sigue la tradición civil italiana, plagada de discusiones de un grandísimo interés, que pone el acento en la necesidad de trascender el mero trabajo arqueológico y que quiere despojar a la administración de un poder omnímodo, característica demasiado conservadora, sobre el destino de los yacimientos arqueológicos. La preservación y gestión de los mismos, como de todos los bienes culturales, debe ser una tarea colectiva en la que, por supuesto, han de intervenir los ciudadanos, legítimos propietarios colectivos de los mismos, pero con la inexcusable participación de los arqueólogos, que en gran medida los han sacado y sacan a la luz. En su tarea el arqueólogo muestra las contradicciones de los yacimientos en una sociedad depredadora como la nuestra, a la que hay que poner freno y enseñar el valor no mercantil de la cultura, aunque genere riqueza.

Es por ello por lo que dedicó su esfuerzo, a veces titánico, a crear parques arqueológicos. En contacto directo con la realidad social en la que se movía, Francovich era un intelectual de acción.

Fundador de la gran revista *Archeologia Medievale*, que, según me contó en varias ocasiones, comenzó con un préstamo que sus propios padres le financiaron, en ella ha dado acogida a los grandes debates de nuestro tiempo. Y al mismo tiempo animó y organizó reuniones que hoy consideramos esenciales para el conocimiento histórico-arqueológico, siendo dignas de recordar aquéllas que se celebraban en la Certosa de Pontignano, cerca de Siena. Una de ellas estuvo dedicada precisamente a

un Coloquio Italo-Spagnolo, segunda edición del que se celebró en Granada, en la Alhambra, en la que cristalizaron encuentros entre arqueólogos medievalistas de los dos países, que, pese a sus esfuerzos y los de algunos de nosotros, no continuaron. Seguramente era el reflejo de la crisis de nuestra propia Arqueología Medieval, que está por evaluar. Nunca tuvo un reproche por ésta y otras cuestiones, porque su amor por la España actual era muy grande. El interés que mostraba por cuanto aquí se hacía le llevaba a seguir muy de cerca cualquier iniciativa y a acoger a cuantos jóvenes o menos jóvenes íbamos a Italia, teniendo que parar obligatoriamente en Siena y en su casa de Antella.

Sólo con la publicación de ese espléndido libro firmado con su gran amigo Richard Hodges, *Villa to village, the transformation of the Roman countryside in Italy c. 400-1000*, Londres, 2003, podríamos justificar su trayectoria intelectual, pero sería injusto, porque era un estudioso capaz de generar pensamiento científico muy denso y, al mismo tiempo, alumbrar miles de iniciativas para que la Arqueología fuese algo más, una tarea civil por encima de todo. La próxima publicación por la Editorial de la Universidad de Granada de un libro recopilatorio que él mismo cuidó, pondrá de manifiesto al público español el alcance de su obra.

La pérdida de Riccardo es irreparable y no creo que pueda colmarse fácilmente. Cuando hablé con su más directo discípulo en Siena, Marco Valenti, me dijo sobrecogido: "Es una tragedia. Intentaremos seguir sus proyectos como él hubiera querido".

Estoy seguro que así es, pero su persona, llena de afectos, que he conocido muy de cerca, y de pasiones por la vida y por el género humano, es sencillamente insustituible. Guardo en mi corazón las palabras de Nicoletta, su esposa, con la que tantas veces hemos hablado juntos en su casa del campo toscano, que recordaba, al hablar de su desaparición, la alegría de Riccardo por su pequeña nieta, de cuyo nacimiento supe cuando me llamó alborozado porque su querida hija le había hecho abuelo. Era así, un hombre tierno y entero al mismo tiempo, capaz de emocionarse por los más nobles sentimientos y de indignarse por las injusticias y atropellos. Nunca lo podremos olvidar como ser humano y como científico, menos aún como amigo entrañable. Estés donde estés, Riccardo, un saludo fraternal y la certeza de que tu vida no ha sido en vano.

Antonio Malpica Cuello